

DE LA AJENIDAD A LA ETERNA NOSTALGIA: UNA MIRADA AL
PERSONAJE PRINCIPAL DE LA NOVELA TU VERSIÓN DE LAS COSAS,
DE CARMEN VALLE, DESDE SU CONFLICTO DE IDENTIDAD

Ana González

Universidad Metropolitana

"La peor forma de extrañar a alguien es estar sentado a su lado y saber que nunca lo
podrás tener." Gabriel García Márquez

Es común entre los escritores y críticos post-modernistas afirmar que el discurso moldea y reconstruye nuestras concepciones individuales y colectivas del mundo en el que vivimos. Como lo expresan De Fina, Schiffrin y Bamberg (2006), la investigación, en áreas tan diversas como la antropología, la psicología, la lingüística, la sociología, la historia, la literatura y los estudios de género, entre otras, ha establecido firmemente el rol de los procesos y estrategias lingüísticas en la creación, la negociación y la formación de las identidades. Por ende, resultaría interesante señalar que, a medida que transcurren los días, que se generan nuevas vivencias, que nuestro nivel de madurez e intereses evoluciona, nuestra concepción sobre ese "alguien" a quien amamos u odiamos, aunada a nuestra percepción de nosotros mismos y de nuestra relación con ese "alguien", se transforma también, de modo continuo e inevitable, y esa "realidad" que anhelamos revivir se nos esfuma para siempre. Es decir, el concepto de realidad estaría supeditado a nuestra propia percepción e intereses, y estaría reducido, por tanto, a un confuso conglomerado de imágenes borrosas.

Del mismo modo, escribir sobre identidad y post-modernismo puede resultar altamente impreciso, ya que ambos conceptos han sido ampliamente cuestionados. Si hablamos de identidad, los estudiosos se debaten entre su existencia a nivel "esencial" o "natural", o su elaboración como un simple "constructo cultural", hasta llegar incluso a su total negación conceptual. Y, si de un ambiente post-modernista se trata, sabemos que estaríamos procurando construir un aporte cultural, en base poco sólida, si acaso tal ambiente, o tal orientación teórica, existiese de modo convincente. Sin embargo, precisamente esta atmósfera en la cual casi todo puede ser construido y "deconstruido", nos facilitaría la comprensión de una estructura tan compleja como la identidad de un personaje femenino del siglo XXI, la cual amerita ser constantemente definida y redefinida, y en la cual subyace una serie de facetas o aspectos, a los que algunos críticos contemporáneos llamarían "múltiples identidades". En palabras de Butler (1990) "Many would argue that inherent in identity politics is a disturbing process of limitation and reduction, for all human beings have many identities, reflecting not only sexual orientation, but also sex, class, ethnicity, region, profession, religion, and so on." (p. 2)

Concretamente, cuando esa "realidad" perdida y anhelada se refiere a la conexión con el país de origen, sería preciso considerar un mayor número de factores **que intervienen** en esta dualidad, entre la evolución y el duelo; entre el deseo y el rechazo, hacia un pasado imposible de reconstruir sin ser alterado. Aunque resolver el dilema en esta dicotomía entre el individuo que percibe, y el "objeto" de su percepción, en cuanto a sus respectivos cambios intrínsecos, no es la finalidad de este ensayo, ambos elementos de dicha dicotomía se entrelazan en el proceso de configuración de la identidad del ciudadano, del emigrante, del "híbrido" entre éstos. Nos compete entonces analizar, con base en esta suerte de transformaciones vivenciales y perceptuales, a Ana Rafaela Arias, personaje principal de la novela *Tu Versión de Las Cosas*, escrita por la Puertorriqueña Carmen Valle (2007), mujer, hija y madre que se

debate entre la búsqueda incesante de sus raíces, y la certeza de no pertenecer por entero a ese punto de origen, al cual, premeditada o predestinada, siempre retornará.

ANA RAFA: FORTALEZA Y AMBIGÜEDAD

El hecho de definir y describir a un personaje contemporáneo podría convertirse, por ejemplo, en un ejercicio de mera percepción. En tal caso, ese personaje es: lo que él / ella percibe respecto a su estatus social, a su grupo étnico, a su actuación profesional, a sus atributos físicos o psicológicos, o quizá, es la asociación de un conjunto de matices que se desprenden de la opinión que de él / ella tienen otros personajes, o de la mirada del “otro” hacia él / ella. O bien, ese personaje es: lo que el lector siente al interactuar con él / ella, lo que cada grupo o tipo de lectores percibe; es decir, el resultado de nuestra lectura como hombres o mujeres, pobres o ricos, compatriotas o extranjeros. Cabe destacar, que ni siquiera hemos considerado aún la, tan cuestionada “intención del autor” acerca del personaje. Entonces, al describir o definir a un personaje contemporáneo pasaríamos por la experiencia de intentar comprender y delinear su identidad, en medio de elementos perceptuales cambiantes y ambiguos. Es ésta la ambigüedad que ha acarreado el concepto de identidad, esa distorsión y multiplicidad de connotaciones asociadas con enfoques de la crítica literaria, como el post-modernismo o el llamado post-positivismo. Así que, tomando en cuenta los matices perceptuales de lectores y personajes ya mencionados, entre otros, nos aproximaremos a la protagonista de esta obra, para desentrañar las diversas “versiones de las cosas” que cada uno de ellos podría crear.

Tu Versión de Las cosas narra la historia” de Ana Rafa, hija, amante, madre y profesora universitaria puertorriqueña que emprende un camino de vida independiente desde su adolescencia, movida por su deseo de explorar, por una parte, los vínculos que la unen e identifican con su familia y su Tierra, y por la otra, las brechas que ella percibe entre sus raíces y sus íntimos deseos por expandir su propia identidad. Es un relato acronológico, semi-retrospectivo, pero siempre con ese sabor incierto y abierto que tiende a impregnar las narraciones de las escritoras latinas contemporáneas que abordan el tema de la emigración como leit-motif. Por ende, al final de la novela constataremos lo ambiguo de sus memorias y sus interrelaciones personales, y por tanto, lo problemático de su futuro inmediato.

En sus primeras etapas, cuya descripción evidentemente no coincide con los primeros episodios de la poco convencional línea narrativa en cuestión, su percepción y sus intereses se centran y se anclan en Arenales, su pueblo natal, inspiración de sus futuros y eternos retornos, refugio y remanso que siempre la acoge, aunque ella no siempre lo reconozca. Son éstas las etapas en las que se consolida su identidad como ciudadana de su Isla, a la cual, no obstante, le tomará tiempo y esfuerzo llegar a comprender.

“5:00A. M. Una mañana como ésta nos hubiéramos ido a la playa. Cuarto creciente y nos íbamos sin amanecer. Tempranito era la clave. Sólo así iba Mami que no tomaba el sol por nada ni por nadie. Todos nos habíamos acostumbrado a su horario. La promesa del agua tibia y el amanecer a punto nos llenaban de una alegría que nos duraba todo el día. También el hambre feroz con la que volvíamos hacía el pan caliente del desayuno más sabroso. Casi no recuerdo lo que almorzábamos o comíamos diariamente. Tanto que se preocupaba Mami por lo que se haría de comer y cómo ella y Monse hablaban de los postres o los fricasés pero, en realidad, no es mucho de comer lo que recuerdo. Es una felicidad a la que nunca llamé felicidad. Creo que se llama crecer en paz. Yo crecí en paz aquí.” (p. 37)

Más, posteriormente, desde el punto de vista “real” y objetivo, la vida de Ana Rafa llegará a transcurrir en torno a un continuo ir y venir entre su Patria, Nueva York, Europa, e incluso otros países latinoamericanos. Esta especie de necesidad constante se hace aún más palpable desde la época de sus estudios de Maestría en su isla natal, en la cual combina su trabajo, dictando clases de Historia Latinoamericana a destajo, con sus vivencias intelectuales, espirituales y eróticas, que la llevan a planear constantemente nuevas opciones de vida.

“Desde las primeras y más básicas impresiones los viajes a México fueron tan excitantes y me ayudaron tanto a tener otra perspectiva de Latinoamérica... Después de la experiencia de Nueva York, ser una latinoamericana más y mejor, en un país en el cual no se tienen estereotipos negativos de uno es un alivio no enfrentar las preguntas y comentarios del norteamericano medio que enfurecen y por lo ridículas, a veces, divierten y de repetirse tanto ofenden.”(pp. 52-53)

Comienzan en este punto de la trama, sus cuestionamientos respecto a algunos elementos de su Tierra Natal, que la mayoría de sus familiares y vecinos tomaban como naturales, e incluso, como necesarios. Se inicia entonces su creciente dilema entre el agrado, y hasta la fascinación por el paisaje y la vida de su pueblo, y a la vez su rechazo hacia el estancamiento observado, y hacia los constantes vestigios de un doble e ininterrumpido proceso de colonización; factores que la guiaron hacia otros caminos, que la hicieron anhelar verse y analizarse desde fuera, como mujer, como intelectual y como ciudadana. En este hecho se nota la importancia de la propia “mirada” de este personaje respecto a su identidad. Si le costaba en ocasiones reconocer a su pueblo natal, también le era difícil reconocerse a sí misma, como una ciudadana más de aquel lugar. En consonancia con lo expresado por Abel (1982), es importante que las mujeres se exploren y se experimenten a sí mismas como “sujetos” en su ambiente ficcional, para poder reconstruir posiciones en las cuales las sitúan las ideologías dominantes. De este modo, ellas pueden comenzar a problematizar las posiciones de poder socialmente construidas disponibles para sí mismas.

Es en una de esas escapadas a Europa, cuando conoce a Marco Antonio, el mejicano que se convertiría en su esposo, y con quien se establecería en Nueva York, ciudad en la cual posteriormente nacería su único hijo. “a la vuelta en Madrid conocí a Marco Antonio, mexicano, haciendo más o menos lo mismo que yo en Europa y que se parecía a Víctor en lo cariñoso y abierto aunque en lo demás eran como la noche y el día.” (p. 51). Evidentemente, la entrada de Marco Antonio en su vida no fue un evento casual, sino una engañosa recompensa a su lucha por una vida más estable, y a la vez, por una relación diferente, cuya calma y afectividad la distrajeran de su impetuoso deseo romántico y erótico, hacia ese otro hombre a quien siempre echaría de menos, aún en sus furtivos e intensos encuentros, ya que nunca podría tenerlo abiertamente.

Es Víctor, su compartido y eterno amante, el puertorriqueño que se convierte en su inspiración sentimental, en el amor de su vida, en su momento de solaz y de catarsis, inclusive durante, y después de su establecida y conflictiva unión conyugal. Sin duda ese sentimiento se vio acentuado por las circunstancias de aventura y prohibición que caracterizaron esa relación, y por el temperamento romántico e intelectual de Víctor, el cual lograba adivinar y anticipar cada uno de sus deseos no cumplidos, y comprender momentáneamente la intensidad y vulnerabilidad de su lado más femenino. Con él no hubo nunca momentos fingidos, falta de espontaneidad, ni conversaciones forzadas, en contraposición a los eventos y sentimientos que estuvieron presentes en su relación

oficial. Pero es y será siempre Víctor, parte de ese vínculo emocional con los aspectos de su vida que nunca podrá llegar a reconocer como propios.

“Después de Luquillo Víctor y yo vivíamos para escaparnos de todos. Aunque le había dicho que cuando defendiera me iba, me rajé. Pospuse el viaje con lo del romanticismo del otoño en Europa. Pero era Víctor la razón de todos mis cambios. El verano se convirtió en una larga lista de moteles, playas, campos y cafetines. Una vez nos quedamos en un motel de Añasco por varios días. Frente al mar. Nos hacíamos el amor como locos desesperados. El tiempo era robado.” (p. 50)

Entonces, no podríamos hablar, a este nivel, de emigración en esta historia, sino de la figura del viaje, como su principal mecanismo de evasión emocional, de descubrimiento personal y de maduración. De hecho, este mecanismo no queda para nada restringido o supeditado a sus relaciones de pareja. Existe un nivel de compenetración del personaje con el estímulo del viaje, que guarda relación directa con la exploración y asimilación de su propia identidad, y de las implicaciones que ésta tendrá en sus decisiones de vida. En este sentido, se la percibe como una mujer profundamente apegada a sus raíces latinas, con un elevado nivel de identificación con su familia y con su Pueblo. Así lo expresa Ana Rafa años después, a su regreso de una larga y “cosmopolita” experiencia: “5:00A. M. Siempre supe que me marcharía de aquí pero no que el mar fuera el que me devolvería. Mi primer amanecer como lo pensé. Como fue siempre. No quiero abrir los ojos. No quiero que ni siquiera la luna en menguante me distraiga de la oscuridad. Sal y oleaje en el aire. Mi música marina, el pueblo semidormido, el salitre y el aroma del café recién colado. Sin verlo, el oleaje es imponente, feroz y más real la amenaza nada inofensiva, en noches de temporal de intentar tragarse a Arenales. Mi promesa a mí misma desde que me marché tantos años atrás sin saber que me marchaba. Inarticulada pero real en el deseo. Volver para quedarme. Estar aquí a esta hora.” (p. 12)

Este sentimiento de apego a sus orígenes no proviene de su larga ausencia, ni de su prolongada nostalgia, aunque ciertamente ahora, su visión de sí misma es evidentemente diferente. Dicho sentimiento es, por el contrario, una certeza que le había acompañado desde sus años de infancia y adolescencia. Ella no tuvo necesidad de experimentar una “realidad” diferente, como requisito previo a su valoración y admiración por los elementos rurales y naturales que la rodearon desde el comienzo.

“Sentarse a ver llover. Sentarse con Mami a ver llover su vida. Sentarse y entrecerrar los ojos y un leve gesto del labio superior, ejemplo de su orgullo genuino, representante de su auténtica elegancia, me enseñaron que era la señal de que más que hablarme era hablarse hacia mí, cautiva y atenta a tanta historia que no podía dejar de marcarme.” (p. 21)

Enamorada de cada detalle que observaba en el paisaje, y sinceramente preocupada por el presente y por el futuro de su país, la protagonista demuestra un elevado nivel de compromiso y “ciudadanía”, cuyo proceso de formación no parece haber sido del todo consciente, sino espontáneo y progresivo. Así, se notan en ella fuertes pinceladas de nacionalismo, elemento que, a la hora de describir la identidad de un individuo, ha sido altamente controversial, particularmente durante la era post-moderna, entre los estudiosos post-coloniales y feministas, y que no es considerado actualmente como un ingrediente estático en dicha identidad. Resulta pertinente en este punto presentar los conceptos estudiados y debatidos por Moya (2001):

“What is identity in a post modern world? For many, identity is now a fluid concept, an open question, a construct that is built as one moves along, according to one’s environment and one’s interests and interactions, be these physical or virtual. In a post modern sense, the self is shifting, fluid, or as Berzonsky (2005) argues, identity is dynamic, multiplistic, relativistic, context-specific and fragmented. Further, Berzonsky (2005) states, ego identity may serve as a way in which individuals reach out from a personal standpoint in this fractured, post-modern world.” (p. 36)

En efecto, este apego nunca excluyó de la mente de Ana Rafa un sentimiento extraño, en apariencia contradictorio el cual la impulsó a buscar elementos fuera de su adorada Tierra Natal. Nos referimos a una constante sensación de *ajenidad*, de marcado cuestionamiento de su pertenencia a aquella región estancada, decadente, sometida a la ruidosa y constante influencia de la salsa y el merengue ininterrumpidos, y a la ausencia de esa sed intelectual y artística que ella y sus dos mejores amigos atesoraban; una Patria eternamente subyugada, reiteradamente colonizada, destinada a ceder su derecho a la auto-determinación, con tal de conseguir los beneficios y privilegios de cualquier metrópoli vanguardista; una Patria cuyo nivel de auto-valoración, de consciencia de sí misma, le resultaban cuestionables.

“Rebuscábamos constantemente en los estantes de la librería Hispanoamericana del argentino Gallagher, al cruzar la calle, y nos llevábamos la poesía de Laforgue, la autobiografía de la Duncan, el Paraíso de Lezama. Nos presentábamos en la galería contentos, convidando al plan de beber toda la noche, de hacer un sancocho. En esos días bebíamos ron blanco con dos hielos y agua de soda, y oíamos a Charles Aznavour y a Rachmaninov hasta las tantas. Aunque algunos amigos nos acusaban de románticos asquerosos, delirantes e irredentos... qué íbamos a hacer... Queríamos ser puertorriqueños modernos en conjunción con el mundo .” (p. 32)

Este sentimiento de ajenidad, de incurable desarraigo, permanece en la protagonista, incluso al margen de la enorme nostalgia que se apodera de ella durante los largos años de ausencia de su isla. Por ello, aún estando convencida de que volvió para quedarse, no puede evitar expresar su desapego y falta de adaptación a la vida rural puertorriqueña, a los estándares mínimos de sincronización con los parámetros de convivencia internacionales. Este fenómeno se evidencia en la mirada desconcertada de los otros hacia ella, y en su permanente tendencia a la soledad, y se intensifica con cada nueva experiencia suya en otros lugares del mundo.

Dos hombres del pueblo, en la puerta de una panadería, hablan; repasan a los transeúntes. "Ahí va esa loca. Esa muchacha desde que se mudó otra vez al pueblo lo contempla como si no lo conociera. No, no, yo le digo loca como una manera de decir. Ella es lo más agradable y atenta. Siempre lo fue. Lo de mudarse te lo digo porque es lo que se comenta” (p. 20)

Se nos presenta, por tanto, una Ana Rafa cada vez más fragmentada, más plural y compleja en cuanto al cúmulo de motivaciones, cambios y anhelos personales experimentados por ella a través de sus migraciones continuas. Esto nos remite nuevamente a Moya, (2001), en sus reflexiones entre el post-modernismo y el post-positivismo. Sobre el ser y su identidad:

“Freedom is found not in the pursuit of authenticity but in the interplay of multiple roles that signify the openness of all meanings. The self is no longer defined as a consistent conglomeration of attitudes and perceptions strung together by the power of reason. Neither is behavior necessarily considered an outcome of clear intentions. The

postmodern self rejects the policing action of social institutions and pre-existing social scripts. The identity of the postmodern self does not have a center. It is a multi-dimensional space in which a variety of writings blend and clash...[and] not an object which stands by itself and which offers the same face to each observer in each period.” A fragmented self seems to have emerged from the crisis of the modern self. Are we all made up of bits and pieces of this and that? Is identity nothing more than an illusion of socialization or a fiction of ontology?” (p. 41)

Tal vez esta inconsistencia en cuanto a la mirada de los otros hacia esta mujer, y esta falta de reconocimiento de ella, a su vez, hacia sí misma y hacia su Pueblo amado se habían iniciado mucho antes. Seguramente Ana Rafa ya se había sorprendido mirando al Pueblo desde afuera, mirando a su Isla con ojos extraños, ajenos; y mirándose a sí misma como a una mujer poseedora de facciones y reacciones de “otredad”, capaz de permitir y soportar abusos de poder, capaz de tolerar sumisamente la “doble vida” del único hombre que logró convencerla, incapaz aún de reconocer su propio espacio, de disfrutar de su soledad y privacidad, tal como lo haría posteriormente. Y este es, entonces, el sentimiento poderoso que nos hace predecir que, pese a sus sinceros deseos de volver para quedarse, y de transmitirle a su hijo su amor por la Tierra, su impulso existencial e intelectual la empujará nuevamente a actuar como la ciudadana del mundo en la que inevitablemente se ha convertido. Su preocupación por las secuelas e implicaciones de una vida colonial y neocolonial en su vulnerable país probablemente la llevarán de nuevo a mirarlo desde afuera, con cíclica y renovada nostalgia, pero también con la convicción de que ya no le pertenece por entero.

Me debo alegrar cuando a Elsita le da con todo eso porque si se va por el lado de *“Nosotros mejor que nadie sabemos la necesidad de terminar una buena carrera (hágame el favor) que con ideales independentistas en esta isla no se puede dar un paso si uno no tiene un título de peso. No discuto que Elsita no tiene razón en parte de esto pero por principio, no se puede aceptar sin batallar que para ser independentista hay que ser abogado, médico o vivir en San Juan o Ponce. Sólo hay que tomarlo como un derecho igual a cualquier otro. El respeto propio no es una opción que debe estar supeditada al dinero o a la profesión. El respeto a sí mismo y al país es un deber. El compromiso con su futuro lo tiene que luchar cada cual desde su lugar en la vida. Así, podría crearse una república de intercambio real entre todas las clases donde el debate educara a todos y tuviese consecuencias de crecimiento material e intelectual.”* (p. 126)

Podemos percatarnos de que nuestro análisis se ha movido entonces entre dos niveles: hemos pasado de la descripción de un fenómeno de búsqueda más palpable, físico y “real”, a una conceptualización más metafórica del proceso de maduración en la vida de la protagonista, evidenciado a través de sus cambios intelectuales, y de su progresiva consolidación emocional. Estos son los elementos que la llevan a escribir su versión de las cosas; una versión que será confrontada, posteriormente, por un conjunto de cartas que Ana Rafa recibe desde Nueva York, actual residencia a la que no pudo, por más que quiso, renunciar. Cada carta, cada versión, cada comentario y reclamo hechos a la protagonista, comienza a transformar la identidad del personaje principal en un fenómeno aún más ambiguo y relativo, ya que es sólo en este punto de la obra cuando tenemos acceso por primera vez a otras versiones alternativas de los hechos y descripciones presentados hasta entonces.

Allí confirma ella, por ejemplo, sus principales sospechas y miedos, sobre la paralela relación homosexual que su amado Víctor había mantenido con su mejor amigo, la revelación de su hijo, ya casi un hombre, de su relación de pareja con una mujer mayor,

y su propia vulnerabilidad a todos estos hechos, aunados al fracaso de una relación matrimonial que finalizó bajo los estragos del comportamiento machista de un Marco Antonio envalentonado por la sobreprotección enfermiza de su invasiva madre mejicana. Esta vulnerabilidad es la señal de que su proceso de transformación está aún lejos de terminar; es una prueba palpable de que su identidad se encuentra en permanente evolución.

Resulta interesante y paradójico para el lector encontrar, luego de mucho empatizar con Ana Rafa, acusaciones tan serias como la que le hace José Luis, el amante de Víctor, y uno de sus mejores amigos, según las anécdotas y descripciones apasionadas de la narradora en su lecho de enfermo:

“Tú eres una engreída, una consentida, amoral, fría, egoísta y una desenfadada.

Sonsacaste a Víctor, lo metiste en tu cama, te lo querías llevar a Europa; lo querías para ti. Tú, aun cuando ya tenías tu marido y un hijo que ibas a tener de él seguías escribiéndole cartas de amor mientras nos escribías a los dos haciéndote la mosquita muerta. Años me tomó para revelarles que lo sabía: ya tú estabas lejos, nosotros también y tu alcance era menor y yo quería saber hasta dónde era él capaz de llegar después de estar todo al descubierto. Si él no se había ido a Europa ¿por qué tú crees que habrá sido, querida? No puedo imaginar qué delirios tenías tú con esa relación pero definitivamente sabía que basta no es una palabra que exista en tu vocabulario.” (p. 163).

Vemos ahora nuevamente redefinida, cuestionada, la identidad de Ana Rafaela como amiga y como mujer, alimentada por la percepción subjetiva y poderosa de José Luis, personaje, en apariencia típicamente secundario, cuya fuerza y manejo de los hechos mediante un oportuno discurso capta la atención del lector, por primera vez en la novela. Es éste un trozo de evidencia del rol de la mirada del “otro” como ingrediente en la conformación de la identidad de un personaje principal. Si lo visualizamos desde esta perspectiva, existen tantas formas de ver como personajes se nos ofrecen **en la literatura**, y la de José Luis se aproxima de manera contundente, como amante, como hombre despechado y traicionado, como moribundo y como gay. De esta interrelación entre el discurso y la mirada del “otro” en la formación de identidades nos da su testimonio Charles Taylor (1996):

“The demand for recognition in these cases is given urgency by the supposed link between recognition and identity, where this latter term designates something like a person’s understanding of who they are, of their fundamental defining characteristics as human being. The thesis is that our identity is partially shaped by recognition or often, by the missrecognition of others; and so, a person or group of people can suffer real damage, real distortion, if the people or society around them, mirror back to them a confining or demeaning, or contemptible picture of themselves. Non- recognition or missrecognition can inflict harm; can be a form of oppression, imprisoning someone in a false, distorted and reduced mode of being.” (p. 75)

Otro elemento que, como indicábamos, afecta su auto-percepción y acentúa su vulnerabilidad, es su aparente fracaso matrimonial, relación mediante la cual ella había intentado compensar el derroche de energía afectiva y sexual invertida en Víctor; ambigua relación salpicada de amor, y sobre todo, de odio. Representación del

estereotipado macho latino, Marco Antonio viene a incrementar de manera determinante el sentimiento de desarraigo de Ana Rafa respecto al atraso y a la subyugación de la mujer, como propiedad y como territorio conquistado, por el personaje que encarna la ideosincracia del hombre típico de nuestro Continente, el tipo de hombre que ella imaginaba ya casi inexistente, una vez transcurrida la primera mitad del siglo XX. Esa subyugación que ella creyó percibir en su Isla como un elemento ajeno a su propio ser, intuitivo e intelectual, terminaría golpeándola directamente, como víctima, y no como mera observadora.

“5:00P. M. Vuelo 8686 New York - México Me mandó a freír espárragos, al carajo. De regreso a Morelia a meterme un tiempo en el trabajo de campo con Fulgor, filósofo de lo inmediato, primo depositario de mis secretos de antes y **durante de Ana Rafa**. De regreso a casa como una de esas mujeres cuyo marido árabe sólo tiene que decirle tres veces que quiere divorciarse y la familia no la va a dejar vivir por la vergüenza. Que tienes que ir, que estoy harta, que no te quiero. Que se acabó llegar a casa borracho, con cara de machete, con cara de pecado fresco. Lo que más me amarga es con la tranquilidad que me lo dijo todo. Insulto tras insulto sin una lágrima, sin temblor en la voz. La acumulación de todos mis fallos con la frialdad de una "sentida nota luctuosa". Pero yo, yo me quedé con el hijo. Conmigo en México. Mexicano. Eso, porque no importa que haya nacido en Nueva York y lo hayas criado puertorriqueño. Y no puedo evitar echarle de menos, Ana Rafa, Ana Rafa, regaño nuestro de cada día, Ana Rafa, los platos rotos, Ana Rafa, torbellino, Ana Rafa, erótica sombría, Ana Rafa, responso, Ana Rafa, las cinco patas del gato, Ana Rafa, indomable, Ana Rafa, mujer mía. (p. 93)

Sin embargo, desde esta perspectiva afectiva, es también importante destacar a otro personaje que sí proyecta una mirada positiva hacia Ana Rafa, y demuestra ser capaz de valorarla como mujer, como intelectual, como amiga y como amante, y de “verla” como a su “igual”. Este es Victor, imagen del latino que ha logrado combinar sus rasgos definitorios como Puertorriqueño, con esa mentalidad abierta y franca en la cual ella depositará su confianza. Mas, la protagonista no acepta el rol que él implícitamente le propone desempeñar, dentro del trío amoroso que, para Victor, resulta cómodo y excitante. “Me ha confrontado con la pregunta del amor y le he contestado que sí. Es la verdad. Lo he querido siempre. Y a ti te digo, Ana Rafa, te he amado siempre. ¿Por qué ese gesto incrédulo? (p. 115)

Otro de los aspectos más determinantes en la vida y en la identidad de este personaje es su pasión intelectual y artística. Tanto en su País natal como fuera de él, Ana Rafaela actúa movida por la fascinación que en ella despierta la historia, la política y el arte en el continente Latinoamericano. Será éste el despertar que luego no le permitirá verse tan sólo como la ciudadana conforme y enamorada de su Isla. Así pues, de una sistemática y soñadora admiradora del paisaje que la rodea, pasa a ser también una ferviente estudiosa de la cultura, escritora y activista por los derechos políticos.

“Cuando me tocaba, iba a dar mis clases de Historia. Me gustaban mis estudiantes; hacía todo lo posible por que tuvieran una idea clara de lo que es Latinoamérica, sus complejas luchas desde el "descubrimiento", su diversidad racial y cultural, su inmenso territorio, de los logros en el arte y la cultura. Aprendían sobre sus problemas sociales y políticos aunque, por supuesto, los noticieros y periódicos siempre se encargan muy bien de informar lo mal que andan nuestros países. Me encantaba dar clases. Me alegraba de ser "part time" o “fantasma universitario" que es lo mismo, pensándolo bien. Después de clases me desaparecía hasta dos o tres días, según fuera mi horario. Qué me importaba a mí si Foster quería ser decano o si Rosado tenía un chisme con la Provost o el disparate de que había que ser condescendientes con los menos privilegiados porque ellos no sabían lo que era la vida universitaria. Yo les exigía a mis estudiantes informes, monografías, idas a conferencias y viajes en grupo a ver documentales. Todos cumplían y mis clases estaban llenas.” (p. 66)

Finalmente, y en relación con la problemática de su identidad, un rasgo interesante en el estilo narrativo de esta historia es la esporádica intromisión de la tercera persona, en un ambiente acronológico en el cual la protagonista siempre cuenta los hechos y describe desde su propio punto de vista. Es como si de repente se cortara una línea de pensamiento, caracterizada por el fluir de la conciencia de Ana Rafaela Arias, y surgiera una voz externa y objetiva que mirase desde fuera. Es como si el personaje estuviese de pronto desligándose de sus propias percepciones, y comprobando con ello su necesidad de auto-evaluarse, sin perder por más de algunas breves líneas su fuerza y su “voz”.

“5:00A. M. Abrió la puerta del balcón. El mejor momento del día. Lo sentía en los huesos: lo sentía en la lengua anticipando su café negro con dátiles. Había días de café con leche y pan con mantequilla pero también había adquirido un gran gusto por los dátiles con el café negro desde que aprendió a tomarlo como algunos árabes. Difícil pensar que estuve tanto tiempo lejos de esta casa. Y este mar. Pero sólo a esta mi hora más querida. A otras horas había que entender la dinámica de la casa y por qué se podía aceptar y hasta recordar con afecto.” (p. 83)

En medio de toda esta ambigüedad que hemos retratado, lo único que quizá permanece claro para Ana Rafa, es la certeza de aquello que Víctor le había hecho ver un día, y que en definitiva, siempre estuvo dentro de ella como una verdad de la cual no se había hecho consciente, a pesar del dolor causado por la marginalización a que la doble vida de su amante la había sometido. Si su búsqueda de vida había tenido la finalidad de abrir su mente al mundo, no tenía sentido ahora el etiquetar: latinos o europeos, gays o bisexuales, el mundo está lleno de gente que, después de todo, no es tan diferente entre sí.

“Lo tuyo y mío es un comportamiento aparte. No te alteres. Sí, dije amor antes. José L. se sintió siempre totalmente gay. Yo no creo en las clasificaciones. Tú eres Ana Rafaela Arias. Yo soy Víctor Velasco. Hemos vivido dos vidas parecidas y disímiles a la

vez. ¿Por qué tengo que regirme por lo que dicen los psicólogos, los políticos o los politiqueros o los religiosos o los heterosexuales o los gays o quien sea? Tú has sido amante, y plenamente mujer.” (p. 115)

Esta es entonces la nueva Ana Rafa, tan ciudadana del pueblo de Arenales como gustosa residente de la Gran Manzana, pese a su convicción de que la constitución de su País no debería regirse por ninguna otra. Es la mujer que aún mantiene la esperanza en su futuro, pese a la incertidumbre que ella percibe en él, y en su propia identidad. Resulta complejo reconocer a esta nueva mujer, diferente de la ciudadana de Arenales, pero distinta también, de la exploradora, ansiosa por exprimir el tiempo y la aventura juvenil. Es ahora, la apasionada historiadora adulta, que puede afirmar con convicción: “chico, esto es un disparate”. Pero también, ironía, llega un día cualquiera y te asombra que alguien diga que tiene que oír música latina todos los días, que salir a cenar es comer comida “nuestra”, que volver a vivir al país es un imperativo y en algún lugar de la conciencia el mundo ha tomado otra forma. El planeta no es tan inhóspito ni somos tan fundamentalmente diferentes. Salvando las diferencias se llega a un punto de encuentro que nos hace inadvertidamente más de todas partes y no fue ni Madrid, ni Nueva York: fue el mundo lo que empezó en la UPR con Krishnamurti y Charles Aznavour. (p. 70-71)

Mediante estos rasgos y elementos personales y literarios del personaje principal de *Tu Versión de Las Cosas*, de Carmen Valle, hemos querido delinear la interesante trayectoria de la formación y evolución de su identidad como ciudadana, emigrante, mujer, intelectual y ferviente enamorada, sin ignorar lo ambiguo y escabroso que podría resultar el tomar como eje un concepto tan controversial en la era post-moderna. Hemos partido de las premisas elaboradas por algunos estudiosos post-modernistas y post-positivistas, y hemos intentado extrapolarlas en este contexto literario breve, acronológico, subjetivo, en el cual la protagonista es presentada como una ciudadana intensamente apegada, y a la vez altamente inconforme, con el ambiente socio-cultural en el cual transcurre gran parte de su existencia. De esto se desprende y se constata una vez más, por ende, que su identidad no puede ser conceptualizada como un ente rígido, cuadriculado, estático. Es, por el contrario, el resultado de la intersección de heterogéneos elementos étnicos, emocionales, socio-culturales, que conforman una entidad siempre en movimiento, en expansión, en redefinición. Entonces, ¿sería creíble obtener sólo una versión de las cosas? Probablemente las respuestas a este sugerente título las hallaríamos en cada personaje, en cada escena, en cada lector / lectora, en interacción con su correspondiente “identidad” de género, de etnia, de época. Es ésta una nueva demostración de que la literatura contemporánea es incompatible con lectores pasivos ante el texto, con preconcepciones fijas, con mentalidades estereotipadas; y de que, más allá de la “intencionalidad” del autor, existe una interacción constante entre el texto vivo y cada uno / una de nosotros, como creadores potenciales de nuevas versiones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge, 1990.
- Coward, Rosalind, "Are women's novels feminist novels?" in Elaine Showalter (ed.), *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*, (Virago Books, 1986)
- Eagleton, Mary (ed.), *Feminist Literary Theory: A Reader*, (Basil Blackwell, 1986)
- Gardiner, Judith, "On Female Identity and Writing by Women", in Elizabeth Abel (ed.), *Writing and Sexual Difference*, (University of Chicago Press, 1980)
- Johnson, Barbara, *The Critical Difference: Essays in the Contemporary Rhetoric of Reading*, (Johns Hopkins University Press, 1980)
- Mill, John Stuart, "On the Subjection of Women", in M.H.Abrams et. al. *The Norton Anthology of English Literature*, (W.W.Norton and Co., 1974), Vol. 2: 989-98.
- Moi, Toril, *Sexual/ Textual Politics: Feminist Literary Theory*, (Methuen, 1987)
- Ruthven, K.K., *Feminist Literary Studies*, (Cambridge University Press, 1984)
- Sherzer, Dina, "Postmodernism and Feminisms", in Edmund J.Smyth (ed.), *Postmodernism and Contemporary Fiction*, (B.T.Batsford Ltd., 1991)
- Spencer, Sharon, "Feminist Criticism and Literature", in Richard Kostelanetz (ed.), *American Writing Today*, (Forum Series 2, Washington D.C. 1982)
- Waugh, Patricia, *Feminine Fictions: Revisiting the Postmodern*, (Routledge, 1989)
- Ashcroft, B. et al. (1998); *Key Concepts in Post-Colonial Studies*; New York; Routledge.
- Paula M. L. Moya: "Introduction: Reclaiming Identity"
www.warlight.tripod.com/OPPERMANN.html -
- Crook, S. et al. (1992); *Postmodernisation: change in advanced society*; New York; Sage
- Dunn, R.G. (1999); *Identity crises: a social critique of post-modernity*; Minnesota; University of Minnesota Press
- Gidens, A. (1991); *Modernity and self-identity: self and society in the late modern age*; Cambridge; Polity Press
- Kirby, A. (2006); "The death of post-modernism and beyond"; *Philosophy Now* 58, pp.34-37
- Kroger, J. (2007); "Why is identity achievement so elusive?"; *Identity* 7(4), pp.331-348
- Rosenau, P.M. (1992); *Postmodernism and the social sciences: insights, inroads and intrusions*; New Jersey; Princeton University Press
- Sarup, M. (1996); *Identity, culture and the post-modern world*; Edinburgh; Edinburgh University Press
- Willis, S. (2007); "Cultural disparity and the rise of the individual"; *Warwick Philosophy Review* 12(2), pp.42-51
- Løvlie, Lars (1992). "Postmodernism and Subjectivity," in S. Kvale (ed.), *Psychology and Postmodernism*, pp.119-134. London: Sage.
- Sarup, Madan (1993). *An Introductory Guide to Post-Structuralism and Postmodernism*. Anna de Fina, Deborah Schiffrin y Michael Bamberg (eds.). *Discourse and*
- Del Valle, Carmen. (2007). *Tu Versión de Las cosas*. Ediciones de La flor Identity. Cambridge. Cambridge University Press. 2006. 462 págs. ISBN